

“SE VOLVIERON A JERUSALÉN”

(Lc 24, 33)

Hacer grande la comunidad



Jesús Fernández González

OBISPO DE ASTORGA

Astorga 2023

“Se volvieron a Jerusalén”

(Lc 24, 33)

Hacer grande la comunidad

Carta pastoral del Obispo de Astorga
Mons. D. Jesús Fernández González



PRESENTACIÓN

Queridos diocesanos:

Con esta carta pastoral pretendo presentar y dar sentido al Plan pastoral diocesano 2023-2028: “Se volvieron a Jerusalén. Hacer grande la comunidad” (Lc 24, 33), llamado a ser el libro de ruta que marque el camino a seguir por nuestra Iglesia particular durante los cinco próximos años.

Echando una mirada creyente al contexto cultural y social en que nos movemos, descubrimos, sobre todo, un importante reto. Fue ya detectado y señalado en el Informe FOESSA 2019. Me estoy refiriendo a la desvinculación que se hace patente respecto a valores como la vida, la verdad y el sentido de la existencia y que afecta a las relaciones con Dios, con los demás, con la misma naturaleza y con nosotros mismos.

Este contexto está teniendo también repercusión en el ámbito religioso y eclesial y solicita de nosotros una renovación personal, pastoral y estructural. Es lo que llevamos proponiendo desde el año 2022, cuando, siguiendo las indicaciones del Magisterio eclesial, encarnado sobre todo en el Papa Francisco, y apoyándonos en los anteriores Planes pastorales diocesanos, planteábamos el proyecto de las Unidades Pastorales.

El nuevo Plan pastoral diocesano 2023-2028: “Se volvieron a Jerusalén. Hacer grande la comunidad” (Lc 24, 33), coincidente en la música, aunque no en la letra con el de las Unidades Pastorales, se estructura en torno a los cuatro itinerarios definidos por el Congreso de Laicos “Pueblo de Dios en salida” celebrado en Madrid el año 2020: primer

anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia pública. De forma transversal, ya que impregnan los cuatro caminos, el Plan plantea tres ejes: la vocación, la sinodalidad y el discernimiento.

La desvinculación, como fenómeno más significativo del contexto cultural y social, se ha materializado, a partir de la Covid-19, en el abandono de la comunidad creyente por parte de un buen número de cristianos. Frente a esta realidad, resulta especialmente iluminadora la imagen de Jesús acompañando a los discípulos de Emaús en su caminar hacia la noche, pero también, en último término, en su apertura a la luz ofrecida por la Sagrada Escritura y el banquete compartido, y en su vuelta a la comunidad.

Habiéndolo descubierto en el camino y, sobre todo, en el compartir el pan, los dos discípulos fueron testigos de cómo su autoestima se recuperaba, se apuntalaba la fe en Cristo resucitado y eran empujados a recuperar la vida comunitaria. En definitiva, con su gesto, el Resucitado les permitió recuperar la vinculación perdida con Él, consigo mismos y con la comunidad a la que, desde luego, hicieron más grande con su retorno y vida de fe.

Para concluir esta presentación, quiero subrayar la importancia de conocer y dar a conocer este Plan pastoral que, desde luego, no ha nacido en un laboratorio, sino que ha sido consultado, reflexionado, rezado y compartido por instituciones y personas interesadas. El mandato del Señor "id y haced discípulos a todos los pueblos" (Mt 28, 19) sigue vivo y los bautizados de esta Iglesia lo hacemos nuestro, cada uno según su carisma y ministerio. El Señor no nos abandonará en el camino que conduce a Él, a la comunidad y al reinado de Dios, por eso, caminamos firmes en la fe, alegres en la esperanza y ardientes en el amor.

INTRODUCCIÓN

1. Contexto cultural y social

Nos movemos en medio de una gran transformación cultural caracterizada por cambios profundos y acelerados en todos los ámbitos de la vida, de modo que, incluso el Papa Francisco ha llegado a afirmar que vivimos un **cambio de época**. Estos cambios están afectando también a la espiritualidad y a la vivencia de la religión. Ante esta situación, ya desde hace tiempo, la Iglesia viene invitando al discernimiento en el Espíritu Santo y a la sinodalidad, haciendo posible una profunda renovación espiritual, pastoral y estructural capaz de responder a los retos que se nos presentan en el momento actual.

Aunque no pretendemos ofrecer un análisis exhaustivo del contexto cultural y social, creemos no obstante oportuno presentar algunos datos que es necesario conocer para pisar tierra a la hora de programar y hacer efectiva la acción pastoral.

El pecado original se produjo cuando el primer ser humano quiso ser dios, independizarse de él para convertirse en el centro del mundo y el protagonista de la historia. Aunque la antropología cristiana ha frenado esta pretensión sin quitar ni un ápice a la dignidad humana basada en su condición de imagen y semejanza de Dios, la modernidad ha impulsado la divinización humana desde el pensamiento filosófico, el avance científico-técnico, las condiciones económicas y la secularización.

Queriendo ser dios, el hombre ha puesto en crisis las mismas relaciones humanas y ha caído en el individualismo. Este individualismo está en la base de un fenómeno que el Informe FOESSA 2019 de Cáritas Española denomina **desvinculación**. Según dicho informe, nos hallamos ante una sociedad que, desde la desconfianza nacida de ver al otro como competidor y no como hermano, ha

caminado hacia la desvinculación y, desde esta, incluso hacia el enfrentamiento.

Dicha desvinculación se desarrolla en varios frentes, comenzando por el de los valores. En primer lugar, el ser humano se ve frecuentemente desvinculado del **valor de la vida**. Esta desvinculación resulta patente en la cultura de la muerte y sus variadas versiones: violencia y asesinados machistas, aborto, eutanasia, guerras... Se advierte también, aunque dulcificada, en todo tipo de explotación: laboral, sexual, abuso de poder y de conciencia... Estos atentados contra la vida se dirigen incluso contra el propio sujeto: son frecuentes las autolesiones infligidas por adolescentes y jóvenes que, condicionados frecuentemente por el maltrato recibido, ven desplomar su autoestima; también se manifiesta en la disconformidad con la propia figura o el propio sexo, y en la explotación del medio ambiente cuyos efectos son señalados por el Papa Francisco en la Carta Encíclica *Laudato Si'*: basuras, contaminación atmosférica, escasez de agua y pérdida de la biodiversidad.

La desvinculación se produce también respecto a la **verdad**. La duda metódica de Descartes acabó encontrando una apuesta más radical en el relativismo que quiere hacernos creer que no existe la verdad. Expresiones concretas que atentan contra ella son el intento de reescribir la historia, la cultura de la cancelación, la deconstrucción de la cultura cristiana con el fin de construir una sociedad nueva, el diseño de nuevas antropologías que convierten al ser humano en un animal más, una máquina, o un constructo capaz de ser mejorado con las nuevas tecnologías, como propugna el transhumanismo...

Y, en fin, la desvinculación se produce respecto a toda meta digna de crédito y al camino que conduce hacia ella.

Somos peregrinos de la vida que necesitamos sueños, necesitamos metas que nos movilicen. Pero el nihilismo al que aboca el relativismo desaconseja cualquier intento de seguir caminando. Lo

desaconseja también el hedonismo, puesto que la búsqueda ansiosa del placer y del entretenimiento, ahonda en la desvinculación social, el descuido de los demás, y la pérdida de un horizonte de esperanza. En este sentido, es verdaderamente rechazable el llamado "capitalismo moralista" que intenta imponer valores y estilos de vida dependientes del consumo que excluyen a los débiles e irrelevantes de cara al negocio que pretende. ¿El resultado? Nos encontramos con mucha gente desilusionada, que no encuentra el verdadero sentido en su caminar, que se encuentra vacía por dentro y sin ganas de vivir.

La desvinculación se desarrolla también en el **ámbito relacional**. Esta desvinculación que afecta profundamente a las relaciones con uno mismo, con los demás, con la naturaleza y con el mismo Dios, nace de la desconfianza que lleva a la soledad no deseada y a la desesperación, al comprobar que nadie te sostiene ni cura cuando te sientes herido. En palabras del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, vivimos en una sociedad líquida y voluble, en la que las relaciones son efímeras, y el hombre desea ser un ciudadano del mundo, pero sin ataduras de ninguna clase. Al final, siempre aparece la angustia de no encontrar una base sólida que sustente la vida.

En sus casos más graves, la desvinculación conduce al **enfrentamiento**. Las consecuencias de la desvinculación son aprovechadas por los populismos para reclutar seguidores, mostrándose expertos a la hora de señalar culpables de todos los males y poco duchos a la hora de encontrar y poner en práctica las necesarias soluciones. Además, sus seguidores, han dado un fuerte impulso a la confrontación e incluso al enfrentamiento, especialmente en el ámbito político, pero con repercusiones en todos los órdenes.

La cultura de la disolución de los vínculos se ha aplicado especialmente en el **ámbito familiar**, muy tocado por la evolución del capitalismo industrial y postindustrial y con una fuerte repercusión también en el terreno de la secularización, al ser la familia una institución básica en la transmisión de la fe y la configuración de la

personalidad del niño a partir de experiencias básicas como el amar y el ser amado, la colaboración, la fiesta, etc.

En nuestra Diócesis, la desvinculación social es impuesta, en muchos casos, por la realidad demográfica, económica y laboral. Efectivamente, la mayoría de las casi mil parroquias que la conforman, son parroquias pequeñas, envejecidas y sin oportunidades laborales. Concretamente, al llegar la etapa universitaria y laboral, la mayoría de los jóvenes tiene que abandonar nuestras tierras por falta de oportunidades. Su marcha supone una importante pérdida, puesto que resta a nuestros pueblos y ciudades la energía y la creatividad propia de la juventud. No es de extrañar que nuestras aldeas vayan convirtiéndose en residencias de gente mayor que, al tiempo que van falleciendo sus familiares más directos, se ve más sumergida en la soledad.

En definitiva, como hemos afirmado los obispos españoles: *"nos encontramos en una sociedad que va perdiendo progresivamente sus vínculos y precisa rehacerlos e innovarlos para generar ámbitos adecuados para la acogida y desarrollo de las personas y la imprescindible amistad civil para organizar la convivencia. De ahí la importancia de la vida familiar y comunitaria que la Iglesia propone y precisa"*¹.

¹ CXVII Asamblea Plenaria de la CEE, *Fieles al envío misionero*; EDICE, Madrid 2021, 23.

2. Contexto religioso y eclesial

Ciertamente, el mapa religioso ha variado mucho en España en los últimos tiempos. Aunque el número de fieles católicos sigue siendo el más numeroso, son muchos los credos presentes en nuestro país. Por otra parte, **la identificación con la fe católica** está sufriendo un fuerte y continuado **descenso** en las últimas décadas. Se manifiesta en la disminución del número de personas que acude a la Iglesia a celebrar los sacramentos, especialmente el matrimonio, pero también el bautismo, las primeras comuniones, la confirmación; y, por supuesto, la Eucaristía dominical. El descenso en la práctica dominical también está siendo grande, y tuvo un momento de inflexión en los momentos más duros de la pandemia de la Covid-19.

Respecto a la práctica de la fe cristiana, podemos distinguir varios grupos: en primer lugar, el que se declara católico y sigue participando de forma habitual en la vida de la Iglesia; en segundo lugar, aquellos que dicen creer y reivindican su pertenencia al solicitar los servicios religiosos, pero que viven "como si Dios no existiera", no participan en la vida eclesial y siguen el discurso cultural de moda; un grupo emergente postsecular insatisfecho con la propuesta de vida que le ofrece la actual cultura dominante, que se encuentra en búsqueda y que está libre de prejuicios antirreligiosos; y, finalmente, el grupo de los inmigrantes católicos.

Sin duda, son muchas las dificultades que se le presentan a la Iglesia en su vida y misión. Hemos hablado, sobre todo, de la desvinculación y el enfrentamiento. Ambas están afectando mucho a la Iglesia, pero, sobre todo, le está afectando la **desconfianza** debido a los graves casos de abusos sexuales cometidos por algunos y por supuestas irregularidades patrimoniales en las inmatriculaciones, el IBI, etc. que, sin causa aparente, han sido aprovechados para desacreditarla. La gravedad de estos temas es manifiesta. Efectivamente, la evangelización es un acto de transmisión de una

experiencia y un mensaje, un acto de comunicación entre personas que precisa de la confianza entre el receptor y el emisor².

En el caso de nuestra Diócesis, también la **despoblación** y el **envejecimiento**, sumado a la edad y escasez de los sacerdotes, condicionan la labor pastoral. Una gran parte de nuestras parroquias rurales, sobre todo en el invierno, son incapaces de constituir una comunidad donde se pueda cultivar y celebrar la fe en condiciones deseables. También nuestras parroquias urbanas necesitan romper con el parroquialismo y el clericalismo, configurándose como una Iglesia más universal e inclusiva, más participativa y corresponsable, en definitiva, más sinodal. La respuesta a esta situación viene de la mano de la conversión personal, pastoral y estructural. La puesta en marcha de las **Unidades Pastorales** supone la apuesta por una renovación integral cuya implementación, está resultando difícil y lenta.

Gracias a Dios, sin embargo, la vida y la misión de la Iglesia están sostenidas por la acción del Espíritu Santo y, aunque no muchos por las circunstancias que hemos señalado, todavía permanecen cristianos generosos y comprometidos que colaboran con ella. Ellos son nuestro mejor patrimonio: personas sencillas, bien arraigadas en la fe, que unen al pueblo y viven la comunión, que sirven a los demás dentro y fuera de la Iglesia, que son motivo de esperanza ante cualquier dificultad.

² Ibidem, 29.

3. Un nuevo impulso evangelizador

Esta situación que, aunque vivida con especial intensidad en el momento presente, viene de lejos, ha movido a los últimos papas a promover una **evangelización renovada**. Lo hizo S. Juan Pablo II al proponer una evangelización nueva en su ardor, en su método y expresión³. La misma propuesta estuvo también muy presente en el pontificado de Benedicto XVI, quien instituyó el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización.

Finalmente, el Papa Francisco ha fijado todo un programa de renovación pastoral en su exhortación postsinodal "*Evangelii gaudium*". Desde el principio, expone con claridad su propósito: "*Quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría*"⁴. No podemos tampoco dejar pasar inadvertidos dos gestos muy significativos de su pontificado. En primer lugar, la elección del nombre de Francisco. En efecto, el santo de Asís es quizá la expresión más lograda de la vuelta al Evangelio y de la renovación de la vida eclesial. Tampoco debemos considerar casual que haya comenzado la exhortación citada con la palabra "*Evangelio*". Ciertamente, "*el Papa Francisco ha invitado a la Iglesia a volver al Evangelio como centro de la vida personal, eclesial y social*"⁵.

³ Cfr. S. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 34.

⁴ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 1.

⁵ Cordovilla Pérez, Ángel, "La alegría del Evangelio y la reforma de la Iglesia", en: *El gozo de evangelizar*, Edice, Madrid 2018, 40.

4. El Plan pastoral diocesano 2017-2021

En su caminar tras las huellas de Jesucristo, en su tarea evangelizadora inspirada por el Espíritu Santo, y sin dejar de contemplar la realidad, la Iglesia particular de Astorga se ha propuesto impulsar una renovación espiritual, pastoral y estructural que configure una Iglesia más fiel a Jesucristo, más sinodal y más misionera.

Desde luego, no nos encontramos en el kilómetro cero. En este caso, el punto de referencia nos lo ofrece el Plan pastoral diocesano 2017-2021 *"Llamados a formar un solo pueblo"*, elaborado y puesto en marcha en tiempos de mi querido predecesor Mons. Juan Antonio Menéndez Fernández. La aportación que supuso para la edificación de la Iglesia y para su impulso misionero nos permitirá seguir caminando en esperanza, puestos los ojos en Aquél que inicia y completa nuestra fe: Jesucristo (Heb 12, 2).

Aunque no es mi pretensión hacer un balance minucioso del desarrollo de dicho Plan y de sus logros y lagunas, quiero resaltar algunas notas más significativas. Se ha de tener en cuenta que el inicio de mi ministerio episcopal en esta Diócesis se produjo el 18 de julio de 2020. Desde el primer momento me propuse continuar las líneas pastorales que se venían desarrollando, impulsando decididamente la reestructuración pastoral de la Diócesis y la formación y corresponsabilidad de los laicos.

Nada de esto hubiera sido posible sin el esfuerzo y el trabajo guiado por el Plan 2017-2021. Gracias a él, cuajó el proyecto de las **Unidades Pastorales** (UPA) publicado en el año 2022 echando a andar a partir de ese momento. Durante el curso 2022-2023 debería haberse concluido la implementación del proyecto, pero la mayoría de las UPA tiene pendiente aún la elaboración del Plan pastoral y la Asamblea constituyente. Aun así, los objetivos de mejorar la comunión y la corresponsabilidad de todos los miembros de la Iglesia, configurar

comunidades vivas y significativas, y racionalizar los recursos humanos en la tarea pastoral siguen inspirando este proyecto fundamental para el presente y para el futuro de nuestra Iglesia diocesana.

Sin la guía del Plan 2017-2021 concluido y la Escuela de Evangelizadores puesta en marcha en su día por la Vicaría de Pastoral, tampoco hubiera sido posible el diseño y la erección de la **Escuela Diocesana de Evangelizadores** en las Unidades Pastorales (EDEU). En sus primeros años de funcionamiento, la anterior Escuela convocó a los seglares "despiertos" y destacó la importancia de la formación. En el curso 2021-2022, ya bajo nuestro pontificado, se puso en marcha la EDEU, una escuela cuyos objetivos principales son el redescubrimiento de la vocación laical y su dimensión misionera, el desarrollo de la espiritualidad seglar y la capacitación para los distintos ministerios laicales. Presente en todas las UPA, ha impartido ya los dos primeros cursos y tiene vocación de continuidad en orden a ofrecer y coordinar las iniciativas formativas correspondientes de los distintos sectores pastorales y, a dar apoyo a grupos de vida que trabajen por regenerar la fe y el tejido comunitario.

Fruto positivo del Plan 2017-2021 es también el impulso dado al cultivo de la espiritualidad gracias a los **Retiros en las zonas** impartidos por Mons. Juan Antonio Menéndez. Dichos Retiros siguen celebrándose, ahora dentro de la estructura de la EDEU.

Llegados a este punto, es oportuno advertir que, una vez concluido el período de vigencia de dicho Plan, y estando inmersos en la renovación espiritual, pastoral y estructural de las UPA, no me pareció oportuno elaborar uno nuevo, procediendo a seguir con los proyectos más significativos puestos en marcha con anterioridad, añadiendo, eso sí, dos objetivos referidos a los jóvenes y a las familias. Teniendo en cuenta la situación y la importancia de estos dos ámbitos de trabajo, propuse el proyecto "Jóvenes acompañados" y otro de atención a las familias.

El proyecto llamado popularmente "**Vivit**", inspirado en las líneas trazadas por la Exhortación Apostólica del Papa Francisco *Christus Vivit*, reúne a los jóvenes en cada uno de los cuatro arciprestazgos de la Diócesis para ofrecerles una formación integral. Se trata de una iniciativa que, con todas sus deficiencias, sobre todo en la convocatoria, ya que, en mi opinión, no es dado a conocer ni apoyado suficientemente, está consiguiendo remover las aguas y poniendo en el primer plano de la atención pastoral a los jóvenes. Por otro lado, el trabajo con los **novios** y con las **familias**, está abriéndose paso con dificultad. En el curso 2021-2022, el objetivo principal era promover la pastoral familiar dando a conocer la exhortación *Amoris laetitia*; en el 2022-2023 se pretendía crear un grupo de matrimonios para dinamizar la pastoral familiar y nombrar un matrimonio responsable de esta pastoral en cada UPA. Nuestro compromiso sigue en pie.

5. Un nuevo Plan pastoral diocesano 2023-2028

Creemos que ha llegado el momento de elaborar un nuevo Plan pastoral diocesano que recoja el testigo del anterior, continúe la edificación de la Iglesia sobre lo ya levantado, e impulse la misión en los distintos escenarios de nuestro territorio y con las personas del núcleo creyente y practicante, del que cree, pero descuida la participación en la vida y en la misión de la Iglesia, y del que no conoce o ha perdido la fe en Jesucristo.

5.1. Estructura

En el diseño del nuevo Plan, seguiremos los cuatro itinerarios señalados como fruto del Congreso Nacional de Apostolado Seglar celebrado en Madrid en febrero del año 2020: primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia pública. Además, tendremos en cuenta tres ejes transversales que deben cruzar e impregnar los cuatro itinerarios: la vocación, la sinodalidad y el discernimiento.

5.2. Ejes transversales

a) La vocación

En primer lugar, hemos de considerar toda acción pastoral como la respuesta dada a una llamada divina a edificar la Iglesia y a estructurar el mundo de acuerdo con los criterios del Evangelio. La llamada, aunque dirigida a toda la comunidad de bautizados, tiene como destinatarios a niños, jóvenes y mayores, personas con nombre y apellidos. Es misión de la comunidad cristiana crear unas condiciones favorables para que germine la semilla de la vocación, para hacerse eco de la voz de Dios dirigida a personas concretas, y

para discernir, bajo la iluminación del Espíritu Santo, el verdadero sentido de la llamada. No obstante, dentro de la comunidad, tienen una especial responsabilidad las familias cristianas, los sacerdotes, los catequistas y los centros educativos católicos.

El mundo y el tiempo eclesial en que estamos ubicados nos reclaman promover las **vocaciones a la vida consagrada**, icono de los valores del Reino y señal definitiva del tesoro absoluto que es Dios. También la **vocación laical** llamada a mejorar el mundo según la voluntad divina. Pero, sobre todo, nos reclaman un esfuerzo especial de oración y compromiso a favor de las **vocaciones sacerdotales**. La Iglesia sinodal, en la que caminamos y servimos juntos, no hace innecesaria la presencia y la labor del presbítero; al contrario, la hace más urgente. Nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan sacerdotes santos, sacramentos vivos de Jesucristo que denuncien el mal que nos oprime y anuncien la Buena Nueva de la salvación de Dios; sacerdotes que celebren los sagrados misterios y sirvan de cauce para que llegue a nosotros la gracia divina; sacerdotes que congreguen al pueblo de Dios, frecuentemente disperso y hasta enfrentado, y pongan en el centro de la comunidad a los pobres y excluidos, a los indiferentes y alejados.

b) La sinodalidad

El segundo eje transversal ha de ser la sinodalidad, concepto redescubierto por el Concilio Vaticano II y que el Papa Francisco define de la siguiente manera: *"En sustancia se trata de **caminar bajo la guía del Espíritu Santo**, es decir, caminar juntos y con toda la Iglesia bajo su luz, guía e irrupción para aprender a escuchar y discernir el horizonte siempre nuevo que nos quiere regalar"*⁶. La sinodalidad es un modo de ser y de trabajar como Iglesia que se expresa en una vida en comunión y en una **misión corresponsable** entre pastores, consagrados y laicos.

⁶ Papa Francisco, Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Alemania (29.VI.2019).

El Señor que aparece constantemente en el Evangelio recorriendo los caminos de Galilea acompañado de sus discípulos (cf. Mt 4, 23. 25), nos invita a caminar juntos, a colaborar en su misión de anunciar la Buena Noticia del Reino a confirmar esa buena nueva "*curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo*" (Mt 4, 23). También lo hace el Magisterio eclesial por medio del Papa Francisco, quien, al cumplirse los 50 años de la institución del Sínodo, afirmó que "*el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio*" (17-X-2015). Con su actividad, el Sumo Pontífice ha dado credibilidad a sus palabras. Hemos de recordar que, en los años 2014 y 2016 organizó dos asambleas sobre el tema de la familia, lo que cristalizó en la exhortación *Amoris laetitia*. Posteriormente, hizo lo mismo con el sínodo sobre la juventud, la fe y el discernimiento vocacional, que dio lugar a la exhortación *Christus Vivit*.

c) El discernimiento

Es el tercer eje transversal que cruzará todos los itinerarios que estructuran nuestro Plan pastoral. Hablamos de discernimiento para hablar, sobre todo, de "*una actitud interior que tiene su raíz en un acto de fe... y que consiste en intentar **descubrir** a nivel personal y comunitario el **plan de Dios**, su voluntad, su llamada a ser discípulos misioneros*"⁷. El discernimiento es un don de Dios que no excluye la sabiduría humana, pero que la trasciende, y que supone una actitud de escucha del Señor, de los demás y de la realidad misma, una disposición a la obediencia primera al Evangelio y al Magisterio que lo custodia⁸ y, en fin, una actitud de obediencia y generosidad.

Esta actitud es especialmente necesaria hoy, puesto que la vida ofrece múltiples posibilidades de acción y de distracción y las

⁷ CXVII Asamblea Plenaria de la CEE, *Fieles al envío misionero*; EDICE, Madrid 2021, 39.

⁸ Cfr. Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, 172-173.

⁹ Cfr. *Ibidem*, 167.

presenta como si todas fueran igualmente buenas. En estas circunstancias, corremos el peligro de convertirnos en marionetas del pensamiento dominante⁹. También se hace necesario para seguir mejor al Señor, *"para no dejar pasar su invitación a crecer..."*¹⁰. Por último, es necesario para descubrir el sentido de la vida: *"Está en juego el sentido de mi vida ante el Padre que me conoce y me ama, el verdadero para qué de mi existencia que nadie conoce mejor que él"*¹¹.

¹⁰ Ibidem, 169.

¹¹ Ibidem, 170.

CAPÍTULO I - El primer anuncio

1. El primer anuncio en la Sagrada Escritura

Rastreando la Sagrada Escritura podemos encontrar distintos anuncios paradigmáticos. En todos ellos, la **iniciativa** es de Dios, van dirigidos a una persona concreta que lo recibe con humildad, se realizan en el contexto de un **diálogo**, inducen al que lo recibe a un cambio de vida y a un compromiso, y orientan a una **misión**.

Un primer anuncio es el que realiza Dios por medio del arcángel S. Gabriel a la Virgen María. En efecto, el Señor irrumpe en la vida de una joven nazarena que tiene nombre propio, en un lugar y un tiempo concreto. Dios no avasalla, sino que llama a la puerta por medio del ángel. Dicho anuncio tiene lugar en el contexto de un verdadero diálogo, lo que indica que Dios cuenta con María para una misión única que la involucra. A partir de ese momento, la vida de María toma un giro inesperado y se entrega por completo al proyecto divino: ser la madre del Hijo de Dios, adoptarnos como hijos y unirnos en una misma familia, la Iglesia.

Otro anuncio paradigmático es el que dirige S. Pedro a personas creyentes el día de Pentecostés (cf. Hch 2, 14-36). Este anuncio resulta significativo por su capacidad de expresar en pocas palabras lo esencial del Evangelio. La primera fórmula de fe es breve: "Jesús es el Señor". Como tal ha sido constituido por el Padre en base al reconocimiento de su entrega total en la Cruz.

El anuncio de Jesús a la mujer samaritana (Jn 4, 1-29)

Paradigmático es también el "primer" anuncio de Jesús. Efectivamente, dirigiéndose a la multitud dice: "Convertíos y creed" (Mc 1, 15). Este anuncio no responde, en primer lugar, a la maldad de la gente, sino a la inminente llegada del reino de Dios. Jesús les indica que, puesto que Dios llega, cada uno debe madurar, crecer en la fe y

en el amor. El Evangelio que anuncia el Señor es la cercanía salvadora de Dios a cada persona.

Así sucede en su acercamiento y anuncio a la mujer samaritana. El evangelista S. Juan comienza diciendo que era necesario que Jesús pasase por Samaría. En tiempos de Jesús, Israel estaba dividida en tres regiones: Judea en el sur, Galilea en el norte y Samaría que ocupaba la parte central. Entre ellas, había grandes diferencias culturales y religiosas.

El paso por Samaría era problemático. Los habitantes de esta región habían conformado una raza mestiza formada por judíos y gentiles llegando a mezclar también la religión judía y la adoración al Dios verdadero con ritos de pueblos paganos. Esto produjo el rechazo del pueblo judío que prefería cruzar el río Jordán dos veces antes que pisar tierra de Samaría. Además, cuando los judíos regresaron del cautiverio de Babilonia y comenzaron la reconstrucción del templo y de la ciudad, los habitantes de Samaría se opusieron a esta obra, incluso, con el tiempo, ellos mismos erigieron su propio templo en Garizín. El enconamiento llegó hasta el punto de que un judío no podía hablar con un samaritano. Además, por entonces, estaba mal visto que un hombre hablara en público con una mujer que no fuera su esposa.

El encuentro tuvo lugar, pues, en territorio samaritano, junto a un pozo al que las samaritanas solían ir en grupo a buscar agua. Esta mujer, sin embargo, había ido sola, tal vez por el rechazo que despertaba su condición moral en el resto de mujeres. Además, había elegido la hora sexta, cuando el sol calentaba más y cuando menos gente se iba a encontrar por el camino. Esta misma razón favorecía el encuentro personal que Jesús quería tener con ella. Al verla llegar, el Señor inicia la conversación diciéndole: *"Dame de beber"* (v. 7). Se trata de un mandato, no de una sugerencia o un favor, dirigido a una mujer concreta, en el que queda en evidencia que la iniciativa es del Espíritu de Dios que mueve a Jesús a hacerse el encontradizo con el deseo de

saciarla del agua auténtica. Aquí está la verdadera razón por la que Jesús tenía que pasar por Samaría.

El Maestro se presenta ante ella con toda humildad, ocultando su gloria bajo la débil apariencia de un hombre sediento. Así lo solía hacer en sus encuentros. La mujer le pone reparos por ser judío y, aunque percibe que tiene algo especial, no le da de beber. Jesús prosigue la conversación diciéndole que tiene un agua mejor que la del pozo y que está dispuesto a compartirla con ella. Partiendo de una realidad material, Jesús le comienza a hablar de las realidades espirituales. Para empezar, le habla del don de Dios y concluye hablándole de él mismo: *"si conocieras quién es el que te dice: "dame de beber...", le pedirías tú y él te daría agua viva"*. El pozo de Jacob se nutría del agua de la lluvia y, en ningún caso, podría compararse con el agua de un manantial que fluye siempre fresca.

La mujer, con aire de superioridad, pues tiene cubo y se considera hija de Jacob, cuestiona a Jesús, pero éste le asegura que el que bebe del agua del pozo vuelve a tener sed; por el contrario, el que beba del agua que Él le dará nunca más tendrá sed. Ella le contesta: *"Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla"*. Su orgullo deja paso a la humildad reconociéndolo, en un primer momento, como profeta (v. 19) y, finalmente, como el Mesías, el ungido por Dios.

A partir de aquí, cambia el escenario y Jesús da un giro inesperado a la conversación pidiéndole que llame a su marido. Aunque aparentemente nada tiene que ver la presencia de su marido para que ella pudiera recibir el agua viva, en realidad Jesús quería mostrar que no se puede acoger a Dios sin erradicar el pecado, que sólo se puede beber de esta agua viva si se está en comunión con Dios. La samaritana tenía sin duda muchas faltas de que arrepentirse, las más visibles, su vida matrimonial y sexual. El Señor le demuestra la necesidad de purificación y de perdón; ella comprende que necesita convertirse, dejar el pecado y pasar a ser adoradora en Espíritu y Verdad.

La mujer le responde que no tiene marido y Jesús le enfrenta a la verdad: ha tenido cinco y ahora convive con uno que no lo es. Realmente, la mujer vive en pecado, pero quiere desviar la atención y plantea el tema del lugar de adoración a Dios. La conclusión final de este debate: no es posible adorar adecuadamente a Dios si desconocemos su Palabra.

Sigamos profundizando en el significado del texto. El agua es imagen de la vida nueva traída por Jesús y, el marido, es símbolo de la unión de Dios con su pueblo. En el pasado, los samaritanos habían tenido cinco maridos, cinco ídolos ligados a los cinco pueblos que fueron llevados a su tierra por el rey de Asiria (cf. 2 Re 17, 30-31). El sexto, el esposo de la mujer, no era su marido (Jn 4, 18). El verdadero marido, el séptimo, es Jesús, cumpliendo así lo prometido por el profeta Oseas: *"Y te haré mi esposa para siempre; y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en piedad y misericordia. Y te haré mi esposa fiel, y ¡reconocerás que soy el Señor!"* (Os 2, 21-22). Jesús es el esposo que llega para ofrecer a la mujer la vida nueva que ha buscado incansablemente durante toda su vida.

Cuando la mujer confiesa que va a venir el Mesías que revelará todo y Jesús le dice que es él, la mujer dejando el cántaro, se fue a la ciudad, convirtiéndose así en apóstol. Seguramente lo hizo movida por el deseo de llegar lo antes posible a contar lo vivido a sus conciudadanos, invitándolos a ir junto a Jesús para experimentar de primera mano lo que ella había experimentado. Curiosamente, hizo lo que Jesús había hecho con sus primeros discípulos Juan y Andrés, a los que les había dicho: *"Venid y veréis"* (Jn 1, 39). De resultados de todo esto, muchos samaritanos creyeron en Jesús por la palabra de esta mujer.

Muchas veces llegamos a creer que, para comenzar una gran obra, necesitamos un gran despliegue de medios, pero a Jesús le bastó una simple conversación informal. A la gente de aquel pueblo le debió

impresionar el testimonio de la mujer, y particularmente el entusiasmo con el que hablaba de Jesús. Su primera reacción fue pedirle que se quedara a vivir con ellos. Posteriormente, después de escucharlo personalmente, muchos creyeron en él. Ciertamente, el encuentro personal con el Señor es clave para la fe.

2. Notas explicativas

Las circunstancias actuales hacen especialmente **urgente el primer anuncio**, un anuncio que va mucho más allá de una primera aproximación empática a los alejados o indiferentes, del acto de provocar una primera atracción por los valores del Evangelio, de una simple invitación a ir a Misa o confesarse, de una argumentación para demostrar la plausibilidad de la fe. Todo esto puede acompañarlo, pero el primer anuncio propiamente es una **acción puntual** producida en el contexto del diálogo en profundidad y al hilo de la vida, en la que **un cristiano propone el núcleo del Evangelio** -el amor incondicional de Dios que nos ha entregado a su Hijo muerto y resucitado por nosotros- a una persona concreta.

Teniendo en cuenta el poco valor que tiene la palabra en un contexto cultural y social como el nuestro, el **testimonio** adquiere una importancia decisiva. Difícilmente alguien puede acercarse a una persona a Jesucristo, si antes no se ha encontrado con Él. Pero el testimonio, por sí solo, no basta. El primer anuncio requiere también la **palabra** que engendra la primera fe como complemento al testimonio. De esta forma, se responde a la lógica de la revelación, puesto que el mismo Dios se nos revela con hechos y con palabras¹².

La **evangelización** es la razón de ser de la Iglesia¹³, pero no habrá auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que

¹² Concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, 2.

¹³ Cfr. S. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14.

Jesús es el Señor y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad evangelizadora¹⁴. En este sentido, son muy ilustrativas las palabras dirigidas por el Papa Francisco a los jóvenes para explicitar la esencia del anuncio con un lenguaje directo y existencial: "Dios te ama"¹⁵, "Cristo te salva"¹⁶, "Él vive"¹⁷, siendo el Espíritu Santo el que "mantiene viva esa experiencia de salvación"¹⁸.

Por otra parte, cuando a ese anuncio se le llama primero, "no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra a lo largo de la catequesis, en todas sus etapas y momentos"¹⁹.

¹⁴ Papa Francisco, *Evangelii Nuntiandi*, 110.

¹⁵ Papa Francisco, *Christus Vivit*, 112.

¹⁶ *Ibidem*, 118.

¹⁷ *Ibidem*, 124.

¹⁸ *Ibidem*, 130.

¹⁹ Papa Francisco, *Evangelii Nuntiandi*, 164.

3. El primer anuncio en nuestra diócesis

3.1. Mirada al pasado

Nuestra Diócesis ha sido pionera en la puesta en marcha de experiencias de primer anuncio. A los clásicos "Cursillos de cristiandad" se han añadido otros, por ejemplo, las "cenas Alpha" y "Una Luz en la Noche", que han contado con equipos muy comprometidos en su realización. La pandemia de la Covid-19 ha supuesto un parón importante, sin que se haya recuperado, a día de hoy, su realización, salvo en el caso de los Cursillos. Por otra parte, también se están preparando algunas personas con el fin de "importar" las experiencias de los retiros Effetá y Emaús.

Si la realización de estas actividades de primer anuncio ha sido positiva, seguramente no lo ha sido tanto el acompañamiento posterior y la inserción en la comunidad. La falta de acompañamiento ha imposibilitado la profundización en el Mensaje y la personalización del mismo. Seguramente, también se ha podido mejorar la selección del núcleo del Mensaje, puesto que, con frecuencia, antes de escuchar al alejado y al incrédulo para responder a sus inquietudes, nos centramos en las formas exteriores que definen al creyente.

La mayoría de los cristianos seguimos moviéndonos en un contexto supuestamente confesional (casi de nacionalcatolicismo) y aún no estamos suficientemente convencidos de que es necesario el anuncio explícito de Jesucristo, un anuncio que no necesita escenarios especiales para ser pronunciado, sino que se debe hacer en la proximidad del tú a tú. Además, con frecuencia confundimos el silencio respecto a la fe con el respeto a los que no creen.

3.2. Replantear las estructuras pastorales

La renovación pastoral de nuestra Diócesis pasa por la centralidad del *Kerigma*, es decir, del primer anuncio. En este sentido,

hemos de replantear nuestras estructuras pastorales para ver si están o no a su servicio.

Además, como indica también el Papa Francisco, el anuncio del *Kerigma* demanda ciertas características: *"que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas, a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena"*²⁰.

En definitiva, ¿qué puede aportar el primer anuncio en respuesta a la desvinculación que caracteriza la persona y a la sociedad de hoy?

En primer lugar, y en relación con uno mismo, **autoestima**. En un mundo donde abunda la indiferencia y el anonimato, tener noticia de un Dios que te ama y no te abandona nunca, es seductor. En relación con los demás, aporta **comunión** y acompañamiento. Teniendo en cuenta que la imagen no es positiva para la mayoría de la gente, hay que ayudar a comprender y valorar lo que puede significar para una persona adoptar la fe cristiana e incorporarse a la comunidad eclesial.

²⁰ Ibidem, 165.

CAPÍTULO II - El acompañamiento

1. Jesús acompaña a los discípulos de Emaús

(Lc 24, 13-35)

1.1. El mensaje del texto

El evangelista s. Lucas indica que dos discípulos de Jesús -uno de nombre Cleofás y el otro anónimo- se dirigían a su pueblo Emaús. Habían puesto toda su confianza en él y ahora, con su muerte, se veían decepcionados. Seducidos por su palabra y su capacidad de hacer milagros, seguramente también por su gran corazón y su cercanía a los pobres y a los enfermos, se habían embarcado con él en una aventura que se acababa de frustrar. Ahora, agachando la cabeza, regresan al pueblo para retomar su antigua vida o comenzar una nueva. Por el camino, van conversando entre ellos sobre lo sucedido en Jerusalén.

De repente, un extraño peregrino se sitúa a su altura y se pone a caminar con ellos. Es Jesucristo que, movido a compasión por su situación angustiosa, se interesa por el diálogo que están manteniendo. Cleofás le pregunta, a su vez, si es el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí. Evidentemente, lo sabía, pero quería ofrecerles protagonismo y ayudarles a sanar sus heridas interiores. Ellos le hablan de Jesús el Nazareno, un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo. Llama la atención que ya no lo denominan Señor, sino profeta. Su crisis no es sólo existencial, sino también de fe. Le hablan de cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y jefes que lo condenaron a muerte y lo crucificaron. Finalmente, pronuncian las palabras que delatan su situación anímica: *"Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió"* (v. 21).

Confiesan también que algunas mujeres del grupo, yendo muy de mañana al sepulcro, no habían encontrado su cuerpo, incluso les habían hablado de una aparición de ángeles que les anunciaban que

estaba vivo, pero a él no lo vieron. Se demuestra de esta manera que la fe en la resurrección no se transmite, al menos del todo, hasta que no hay un encuentro personal con el resucitado. Esto no invalida el testimonio ajeno, pero sí muestra su insuficiencia.

Llegado a este punto, el resucitado les recrimina su torpeza para creer lo que dijeron los profetas. A continuación, echando mano de la Sagrada Escritura y de la historia del pueblo de Dios, ilumina aquello que los ha llevado a la increencia: la muerte de su maestro. El Antiguo Testamento le sirve también para situar todo dentro del proyecto de Dios que venía de Moisés y de los profetas. De esta manera, les demuestra que la historia no se le fue al Señor de las manos, y que era necesario que el Mesías padeciera para entrar en la gloria del Padre.

Después de un largo recorrido de 60 estadios, llegan a la aldea de destino y Jesús simula seguir adelante, pero ellos lo invitan a quedar en su casa, pues el día va ya de caída. Sin duda les preocupa la noche y los riesgos de asalto por parte de algún bandido. Después de aceptar la invitación, Jesús se sienta a la mesa con ellos, bendice el pan, lo parte y lo reparte. Curiosamente, el que comenzó siendo un extraño termina siendo el que preside la mesa.

Por fin, llega el momento cumbre. La explicación de las Escrituras ya había tocado su corazón, pero el reconocimiento definitivo tiene lugar con el gesto de bendecir y partir el pan, y compartirlo fraternalmente; es entonces cuando se les abren los ojos y lo reconocen, pero Él desaparece. Fue tal el impacto recibido que, inmediatamente, cansados y agotados como estaban, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once que dieron crédito a su relato.

1.2. Jesús: modelo de acompañante

El texto de S. Lucas nos pone ante el espejo del acompañante por antonomasia: Jesucristo. Aquellos discípulos estaban humanamente hundidos, pues su esperanza había quedado frustrada. Se encontraban también tristes, pues habían perdido un amigo. Además, habían perdido la fe ante alguien que, simplemente humano como ellos, había sido incapaz de burlar la muerte. Pues bien, en medio de estas circunstancias y ante la situación menesterosa de los que habían estado a su lado. Jesús se conmueve, le sale al paso para acompañarlos y les devuelve la esperanza, la alegría y la fe.

Jesús lo hace utilizando las herramientas de un buen acompañante. Efectivamente, se pone a su altura y comienza a acompañarlos en el camino sin cambiarles el rumbo a pesar de alejarse del lugar al que en último término deberían volver, lo hace con respeto, sin avasallar, demostrando conocimientos del plan de Dios y de la Escritura y, ejerciendo de educador, situando a los dos ante su propia realidad y ofreciéndoles criterios auténticos para tomar la mejor decisión. Pero, además, demuestra ser un hombre de una profunda experiencia espiritual que bendice a Dios, parte y reparte el pan. Este fue el momento decisivo que abrió los ojos a aquellos que estaban cegados por el miedo y la desesperanza.

Cuando lo descubrieron, Jesús desapareció, dando a entender que, a partir de ese momento, el ministerio del acompañamiento queda en manos de la comunidad germinal de Jerusalén, a la que ellos retornaron de inmediato, y de todas aquellas comunidades que conformarían la Iglesia del futuro.

En nuestras manos ha puesto el Señor esta herramienta fundamental para la iniciación en la vida cristiana y para el sostenimiento de los distintos ministerios en la Iglesia y en el mundo. El Señor nos espera en el camino: dejémonos acompañar y acompañemos a los que huyen hacia un mundo sin Dios, a los que lo han descubierto y quieren conocerlo mejor, y a los que cada día quieren seguirle más de cerca.

2. Naturaleza del acompañamiento

El acompañamiento de la persona en sus múltiples necesidades y circunstancias es un ejercicio que expresa la maternidad de la Iglesia y un obrar auténticamente cristiano. Son muchos los motivos que lo reclaman, comenzando por el testimonio del propio Jesucristo. El Señor no abandona nunca a su rebaño ni deja tirado en la cuneta a ningún herido de este mundo.

Se trata de una ayuda personal ofrecida de forma directa, no a través del grupo, que no busca anular al otro manipulándolo, sino respetando su libertad y protagonismo personal. Dicha ayuda se ofrece atendiendo a las condiciones y necesidades personales, bien sean básicas -el alimento, el vestido, la salud, la vivienda, la energía-, bien referidas a la educación y la exclusión social, e incluso al crecimiento espiritual.

Nadie puede lograr una vida plena, feliz y fecunda si no tiene cubiertas sus necesidades básicas, si no integra los distintos elementos de su personalidad y si tiene bloqueada su relación con Dios y con los hermanos. Tampoco es posible una vida cristiana auténtica al margen de la Iglesia, sin un compromiso ministerial conforme con la vocación que el Señor le ha dado, sin una fe viva, una esperanza atenta y una caridad ardiente. Pero nada de esto es posible sin un acompañamiento adecuado.

3. El sujeto comunitario y personal del acompañamiento

En todos los campos del acompañamiento la **Iglesia** ha sido **pionera**. Basta citar algunas instituciones con vocación samaritana: congregaciones religiosas, cofradías, hermandades, universidades, hospitales, colegios... Y más recientemente: Cáritas, Manos Unidas, centros de escucha, residencias de ancianos, residencias de discapacitados, centros de curación de adicciones, etc.

El acompañamiento personal es fundamental para el **crecimiento personal**, la inclusión social, y la configuración de la familia

humana. Y, por supuesto, también nos facilita el acceso a Dios y la tarea evangelizadora. Concretamente, el acompañamiento espiritual es *"una ayuda personal por medio del diálogo espiritual, para que el cristiano pueda vivir más plenamente según el Espíritu de Cristo"*²¹.

Ciertamente, el acompañamiento espiritual no se puede realizar si falta la **vida interior**, es decir, si la persona no está proyectada hacia la plenitud en Jesucristo. A este acompañamiento no le es suficiente ayudar a las personas en un plano meramente humano. Además, la ayuda se hace a través de un diálogo personal, lo que supone que la persona no es meramente estudiada, sino también escuchada y comprendida. También es fundamental, en el acompañamiento espiritual, la eclesialidad.

Los procesos de acompañamiento requieren de comunidades de acogida cercanas y con trato personal. Requieren también de acompañantes **maduros** que se valoran a sí mismos, que ayudan a cambiar a los otros sin hacerlos a su imagen y semejanza, que no buscan compensaciones en la relación; personas humildes, realistas y respetuosas; personas con ciencia, cultura y competencia, capaces de acoger y situar al otro en lo que es; personas claras y firmes a la hora de ofrecer criterios auténticos, sin plegarse sin más a los del acompañado.

El buen acompañante ejerce también de **educador**: busca el desarrollo integral de la persona, ayuda a clarificar y ordenar la experiencia, da la información necesaria para que el acompañado tome la decisión más acertada, tiene sentido del proceso y lo realiza cargado de paciencia... El acompañante, además, ha de tener experiencia espiritual, puesto que no puede ser experto en el camino del Espíritu alguien que no haya recorrido ese camino. Y, en definitiva, necesita también el don del discernimiento que le permite descubrir y comprender la acción que el Espíritu realiza y desea realizar en el acompañado.

²¹ Saturnino Gamarra, "Dirección espiritual", en *Diccionario del Sacerdocio*. BAC, Madrid 2005, 215.

4. El acompañamiento en nuestra diócesis

Si nos referimos al acompañamiento personal y espiritual, la valoración deja mucho que desear, puesto que se reduce casi en exclusiva a los seminaristas y a los candidatos al diaconado permanente, a las personas que van a consagrarse al Señor, a los enfermos que así lo desean en los hospitales, a los ancianos cuyas residencias cuentan con capellán y a los miembros de algún movimiento o asociación clerical o laica.

Es patente la necesidad de promover una cultura del acompañamiento espiritual que ayude a tomar conciencia de la necesidad de ser acompañado y que promueva experiencias de acompañamiento, sobre todo en los procesos de iniciación cristiana.

Si nos referimos al acompañamiento de personas necesitadas, podemos decir que hay un especial cuidado en proporcionarlo por parte de los profesionales y voluntarios de Cáritas, de Manos Unidas y demás instituciones de Iglesia. En este sentido, queda aún pendiente una mayor implicación en el acompañamiento de personas que viven solas y en la escucha de aquellas que atraviesan algún tipo de duelo. Para ello, hay que promover y potenciar los espacios de acogida, protección, integración y promoción de los que viven situaciones de especial dificultad, sobre todo de los inmigrantes y refugiados que llegan hasta nosotros.

En este mismo ámbito, es necesario potenciar también la espiritualidad como herramienta de crecimiento integral de los usuarios y como medio de inclusión social. La urgencia de la ayuda material y una pretendida neutralidad a la hora de ofrecerla, puede hacernos olvidar que la mayor pobreza del pobre es precisamente la ausencia de Dios en su vida²².

Compartimos la preocupación de la Iglesia por el deterioro medioambiental cuya consecuencia más dolorosa la constituyen los emigrantes que tienen que abandonar su tierra por la sequía y la

²² Papa Francisco, Discurso a los religiosos de El Congo (17.X.2022).

desertización y los que sufren la escasez de agua, aquellos que sufren asma o alergias, las víctimas de la contaminación de los ríos, etc. Estos males nos motivan para la "conversión ecológica"²³ que, apoyada en la consideración de la creación como un regalo de Dios, no como un mero objeto a explotar²⁴, y teniendo en cuenta que los pobres son los que más padecen los efectos negativos de esta situación, nos ha de llevar a asumir un estilo de vida más austero y respetuoso con el medioambiente, a la educación para una mayor conciencia ecológica y a la demanda de una política responsable.

¿Qué puede aportar el acompañamiento a la vinculación y al fortalecimiento de la comunidad? El propio acto del acompañamiento vincula con la Iglesia, ya que el acompañante actúa en nombre de ella. El mismo texto de los discípulos de Emaús deja clara esta vinculación. El acompañamiento de Jesús los devuelve a la comunidad de la que se alejaban irremediabilmente. Iban hacia su pueblo con el corazón roto por haber puesto la esperanza en un hombre que había terminado como todos y que les había decepcionado en sus expectativas. La aparición del Resucitado les devuelve también la autoestima y, por supuesto, la fe.

²³ Cfr. S. Juan Pablo II, Audiencia General, 17-01-2001.

²⁴ Cfr. Papa Francisco, Mensaje para la Jornada mundial de oración por el cuidado de la Creación, 13-05-2023.

CAPÍTULO III - Procesos formativos

El declive en la conciencia de la necesidad de crecer en la fe y de dar un mayor impulso a la misión del cristiano en medio del mundo, ha llevado a la Iglesia a incidir insistentemente, desde hace ya bastante tiempo, en la necesidad de la formación, considerándola como una de las prioridades en este momento²⁵. Siguiendo las recomendaciones del Papa Francisco, "queda claro que el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración..."²⁶.

1. Sin un proceso formativo, resulta difícil la fidelidad (Jn 6, 60-69)

El pasaje del evangelio según S. Juan que proponemos aquí nos presenta la parte final del discurso del pan de vida, en que se nos transmite la discusión de los discípulos entre sí y la conversación de Jesús con Simón Pedro. El objetivo que persigue es mostrar las exigencias de la fe y la necesidad de un compromiso firme con Jesús y su Evangelio.

En una fecha próxima a la celebración de la Pascua judía, Jesús se dirige a sus discípulos. Como buenos judíos, conocían bien el episodio del maná con el que Dios había alimentado a sus antepasados en la travesía del desierto desde Egipto hasta la Tierra prometida. Jesús les recuerda que todos aquellos que comieron el maná murieron y que los que comen la cena pascual, recordando solamente aquel pan, también morirán como ellos. Jesús lo deja claro: la verdadera pascua no consiste en recordar el maná caído del cielo, sino en **aceptar a Jesús** como **el verdadero pan de vida** y seguir el camino mostrado por él. Tampoco se trata de comer la carne del cordero pascual, sino la carne de Jesús para que, aquel que la come, no perezca, sino que tenga vida eterna.

²⁵ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 57.

²⁶ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, 160.

Jesús se había presentado como el alimento que sacia el hambre de los que buscan a Dios. Pero, al igual que en el primer éxodo muchos judíos habían dudado de que Dios estuviera con ellos y habían murmurado contra Moisés, ahora también los discípulos caen en la tentación de dudar de la presencia de Jesucristo en la fracción del pan. Cuando se les presenta como el pan de vida bajado del cielo y les dice que dará su carne como alimento y su sangre como bebida, aludiendo a su sacrificio en la Cruz, muchos se escandalizan y se desilusionan por juzgar que son palabras impropias de un pretendido Mesías y que ponen en cuestión su propio estilo de vida. ¿La consecuencia? Mientras crece la entrega de Jesús, se achica el auditorio por la deserción de aquellos que no están dispuestos a aceptar su mensaje de entrega y sacrificio por los demás hasta la cruz.

La reacción de los oyentes fue dispar: algunos pensaban que iba demasiado lejos al pretender acabar con la Pascua judía, colocándose a sí mismo en el centro de la nueva Pascua y se fueron. A pesar de ello, Jesús no dulcifica su mensaje. Prefiere quedarse solo antes que junto a personas que no se comprometen a fondo con el proyecto del Padre. Otros, sin embargo, le seguirán fielmente. Cuando les pregunta si también ellos quieren marcharse, Pedro contesta: *"Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios"*. Es interesante constatar que no pregunta: *"¿a dónde iremos?"*, sino *"¿a quién iremos?"*. Tiene claro que la fidelidad a Dios se juega en la de fidelidad a su Hijo Jesús, al que todo discípulo se ha de adherir para recorrer juntos el mismo camino.

El texto de S. Juan nos ayuda a comprender que la fe no es un pasatiempo y que ser fieles a Jesucristo exige un compromiso fuerte y valiente. Como ocurrió en tiempos de Jesús, también hoy se dan deserciones: unas se deben a la dificultad para dar por buenas las verdades reveladas, otras al sacrificio que supone seguir los preceptos morales que conlleva, otras, al testimonio escandalizante de los propios creyentes... No es éste el lugar para hacer un análisis

minucioso de las mismas; nos limitamos simplemente a abordar el reto que supone acertar a la hora de encontrar el camino verdadero que nos lleve a la felicidad. Todos la buscamos, pero diferimos a la hora de elegir la ruta. La multitud que seguía a Jesús -el texto lo demuestra-, lo hacía sobre todo porque quería comer de balde, quería panes y peces gratis. Cuando Jesús les muestra que la felicidad sólo se encuentra desde el compromiso, se desentienden de la oferta.

De entrada, deberíamos desconfiar de aquellos que nos ofrecen la alegría a bajo precio. Es lo que hacemos cuando alguien nos presenta una ganga de pescado o de fruta; enseguida empezamos a pensar que está podrido o a punto de estropearse.

Pues bien, seamos lúcidos para descubrir tantos falsos mercaderes, inteligentes para descubrir a dónde llevan tantos caminos equivocados. Estamos ya hartos de oír a falsos profetas "vendiendo" felicidad a base de romper con lo establecido, probar lo no probado, dejar libres a los más bajos instintos...

Pues bien, Jesús se planta ante nosotros y nos hace la misma pregunta que hizo a los discípulos de la primera hora: "*¿También vosotros queréis marcharos?*". Un ejército incontable de santos nos ha mostrado que el Señor tiene razón, que Él es el camino hacia la verdad y hacia la vida, que Él es la ruta que lleva a la felicidad plena.

Jesús no nos engaña: lograr la meta de la felicidad no es fácil, supone renunciar a sí mismo, cargar con la cruz y seguirle, supone recorrer la ruta empinada de las bienaventuranzas. Además, el Señor nos ayuda a superar la dificultad. El texto que nos sirve de referencia nos ofrece unas pistas. En primer lugar, hemos de recordar su origen divino: Él ha bajado del cielo y volverá a subir "*adonde estaba antes*". En segundo lugar, sus palabras son "*espíritu y vida*" y, por lo tanto, el que las escucha, las asimila y las convierte en guía de su caminar. Gracias a la acción del Espíritu Santo ve renovada su existencia. Finalmente, Jesús deja claro que la incomprensión de sus palabras se debe a la falta de fe.

Para concluir esta reflexión quiero aludir a un hecho incuestionable: los que en medio de la crisis permanecieron fieles al lado de Jesús fueron aquellos que habían iniciado ya un proceso formativo. Llevaban un tiempo al lado de Jesús y, aunque con limitaciones y altibajos, iban conociéndolo y profundizando en su enseñanza. En cambio, aquellos que se movían por simple curiosidad o por una descarada avaricia, ante la primera exigencia desertaron.

Identificarse con Jesucristo en su modo de pensar, de sentir y de decidir, vivir en santidad, es una meta que no se alcanza sino a través de un proceso que dura toda la vida. Alimentados por la Palabra de Dios y abiertos a la realidad de nuestro mundo, gracias a la iluminación del Espíritu Santo, creceremos día a día en la fe. Y, por supuesto, la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo transformará nuestra vida. Porque, como dice el Papa Francisco: *"la Eucaristía es Jesús mismo que se dona por entero a nosotros. Nutrirnos de Él y vivir en Él mediante la Comunión eucarística, si lo hacemos con fe, transforma nuestra vida, la transforma en un don a Dios y a los hermanos"*²⁷.

2. Naturaleza y objetivos de la formación cristiana

2.1. Definición y necesidad

Dice S. Juan Pablo II que la formación cristiana es *"un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo"*²⁸. Ciertamente, en el Bautismo hemos recibido el Espíritu de Dios que, como hábil artesano, va moldeando en nosotros la figura de Jesucristo, el hombre plenamente realizado, el Maestro que nos muestra el camino de plenitud. La verdadera formación hace posible que Cristo configure la personalidad del llamado que asuma su forma de pensar, de sentir y de decidir, gracias a la acción del Padre por medio del Espíritu Santo.

²⁷ Papa Francisco, Ángelus (16.VIII.2015).

²⁸ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 57

Esta configuración, este camino, no podrá ser recorrido sin nuestra colaboración, de ahí que sea necesario, en primer lugar, **descubrir la vocación** a la que somos llamados por Dios. Precisamente, como recuerda S. Juan Pablo II, *"la formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión"*²⁹. El Señor llama a todos los bautizados a la identificación con Jesucristo, a la vida en Cristo; dicho de otro modo, a la santidad³⁰.

La formación se hace necesaria, pues, para descubrir y hacer posible el crecimiento personal, pero también de cara a **realizar la misión evangelizadora** a través de los distintos ministerios laicales: catequesis, vida pública... *"Ser Iglesia en salida -decía el P. G. Urbarri- no requiere una fe perfecta ni erudita, pero sí madura, bien encajada en el conjunto de la propia vida"*³¹. Una Iglesia en salida demanda conocer la fe y saber proponerla, tener una fe madura y la capacidad de inculturarla en los campos específicos de la familia, el mundo profesional, la política, etc. Como afirma el último Concilio, *"el apostolado solamente puede conseguir su eficacia con una formación multiforme y completa. La exige no sólo el continuo progreso espiritual y doctrinal del mismo seglar, sino también las diversas circunstancias, personas y deberes a los que tiene que acomodar su actividad"*³².

A partir de aquí, se comprende perfectamente la prioridad que la Iglesia le concede. Como decía S. Juan Pablo II: *"la formación de los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de la diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad... concurren a este fin"*³³. En su día, los obispos españoles lo confirmaban al decir que la formación *"es una prioridad de la máxima urgencia para toda la Iglesia"*³⁴.

²⁹ Ibidem, 58.

³⁰ Cfr. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 39.

³¹ Gabino Urbarri, *Congreso de Laicos "Pueblo de Dios en salida"*, Madrid 2020, Itinerario III.

³² Concilio Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, 28.

³³ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 57.

³⁴ 55 Asamblea Plenaria de la CEE, *Los Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, nº 70.

2.2. La oración y los sacramentos

La configuración personal con Jesucristo y la edificación de la comunidad creyente necesitan, en primer lugar, de la oración. Sin escucha de la Palabra, sin el diálogo amistoso con el Señor, se pierde toda referencia en el camino y la meta se hace imposible. Imposible resulta también sin la celebración y la recepción de los sacramentos. Dios actualiza la salvación a través de la acción del Espíritu Santo. Él es el que actúa a través de los sacramentos, convirtiéndolos en cauce de salvación al conferir la Gracia.

Particular importancia reviste el sacramento de la Eucaristía. Por la acción del Espíritu Santo, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Recibiéndolos con fe, somos transformados en lo que comemos, en sacramento del amor de Dios. Al mismo tiempo, la congregación de fieles se convierte en comunidad misionera, capaz de anunciar a Jesucristo y de dar testimonio en la vida de la fe que salva. Como dice el Papa Francisco: *"Celebramos la Eucaristía para aprender a convertirnos en hombres y mujeres eucarísticos. ¿Qué significa esto? Significa dejar actuar a Cristo en nuestras obras: que sus pensamientos sean nuestros pensamientos, sus sentimientos los nuestros, sus elecciones nuestras elecciones. Y esto es santidad: hacer como Cristo es santidad cristiana"*³⁵.

3. Características de la formación

3.1. En primer lugar, ha de ser una **formación permanente**, ya que, la identificación plena con Jesucristo es una meta de largo alcance. Estamos ante un único camino discipular que se inicia con el Bautismo y que continúa a lo largo de toda la vida. Además, siempre será necesario integrar los distintos elementos de nuestra personalidad.

3.2. Habrá de ser también **integral**, es decir, ha de atender y afectar a todas las dimensiones de la persona humana. En primer

³⁵ Papa Francisco, Catequesis en Audiencia (4.IV.2018)

lugar, ha de promover los valores relacionados con la salud física, psicológica y social. Importante es el crecimiento en los valores humanos, especialmente en las *"virtudes relativas a las relaciones sociales, es decir, la probidad, el espíritu de justicia, la sinceridad, la cortesía, la fortaleza de ánimo..."*³⁶.

Se habrá de cuidar la **formación intelectual**. Esta formación es necesaria para profundizar la fe cristiana y también para dar razón de la esperanza que hay en todo bautizado (1 Pe 3,15). La falta de cultura religiosa en las nuevas generaciones nos urge a dar a conocer el lenguaje evangélico y los conceptos doctrinales básicos. En estos momentos, se nos presenta como una urgencia pastoral integrar adecuadamente esta dimensión en los procesos de iniciación cristiana, favoreciendo al mismo tiempo la experiencia de encuentro con el Señor.

Se hace necesario también cultivar la **dimensión ética**. El cristiano ha de evitar por todos los medios vivir dos vidas paralelas, una espiritual y otra secular. *"El Concilio exhorta a los cristianos, ciudadanos de una y otra ciudad, a esforzarse por cumplir fielmente sus deberes temporales, guiados siempre por el espíritu evangélico. Se equivocan los cristianos que, sabiendo que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran por esto que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta de que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno... La separación entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerada como uno de los más graves errores de nuestra época"*³⁷. Para contrarrestar este riesgo, se hace necesario también el conocimiento del contenido moral del mensaje cristiano y, en particular la Doctrina Social de la Iglesia³⁸.

³⁶ Concilio Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, 4.

³⁷ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 43.

³⁸ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 60.

Finalmente, la formación ha de cuidar la **dimensión espiritual**. Efectivamente, la formación espiritual ha de ocupar un puesto privilegiado en nuestro Plan pastoral, de modo que lleve a crecer en la intimidad con Cristo, en la conformidad con su voluntad, en el servicio a los hermanos y en la justicia³⁹. Para el crecimiento en estos valores, la Iglesia pone a nuestra disposición las ayudas espirituales ordinarias: la sagrada liturgia, la Palabra de Dios, la oración...

3.3. Ha de ser también una **formación integradora** de los distintos elementos formativos y de las distintas dimensiones de la persona. Ciertamente, la formación ha de ayudar a llevar a unidad aspectos aparentemente escindidos: vocación a la santidad y misión de santificar el mundo, ser de la Iglesia y de la sociedad, solidario con los hombres y testigo de Dios, servidor y libre, contemplativo y comprometido con la liberación, renovador de la comunidad y comprometido con su conversión particular, vivir en el mundo sin ser de él⁴⁰.

Al servicio de esta integración se sitúan dos elementos transversales: la vida comunitaria y la misión. El método de la formación no es indiferente: se deberá promover el protagonismo del sujeto y poner en relación y contraste lo que pensamos, sentimos y hacemos, con la fe, de modo que favorezca la conversión a Cristo en la Iglesia. De este modo, se favorecerá también el conocimiento y la transformación de la realidad social y eclesial. La instrucción no ha de quedarse en mera teoría, los cristianos deben aprender *"a verlo, juzgarlo y hacerlo todo a la luz de la fe, a formarse y perfeccionarse a sí mismos por medio de la acción, unidos a otros..."*⁴¹.

³⁹ Cfr. Ibidem, 60.

⁴⁰ Cfr. 55 Asamblea Plenaria de la CEE, *Los Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, nº 77.

⁴¹ Concilio Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, 29.

Por otra parte, debemos considerar el valor que añade al proceso formativo el hacerlo en ámbito comunitario. En este sentido, la aportación de las pequeñas comunidades debe ser tenida en cuenta; también la de los movimientos y asociaciones. Un buen conocedor del tema ha llegado a afirmar que *"la formación al margen del asociacionismo se presenta muy limitada para educar cristianos y cristianas que asumen su responsabilidad en la vida familiar, eclesial y pública"*⁴².

Otro factor decisivo que contribuye a armonizar la vida y el ministerio de todo bautizado es la misión. El pastor está llamado a edificar la Iglesia a través del triple ministerio de la Palabra, de la santificación y de la caridad. La persona consagrada está llamada a ser icono de Jesucristo obediente, casto y pobre. Y el fiel laico responde a la llamada a transformar el mundo según los criterios del Evangelio⁴³.

4. Sujeto - guía de la formación

Dios es el primer gran educador de su pueblo⁴⁴. También es fundamental la Iglesia. Dentro de ella, tiene una responsabilidad especial el Papa Francisco, tanto en su persona como a través de los dicasterios y de los distintos organismos curiales. En las Iglesias particulares, el protagonismo lo han de tener los obispos. Una importancia grande tiene también la parroquia por su cercanía a los fieles. La parroquia está llamada a educar a sus miembros en la recepción de la Palabra, en el diálogo litúrgico y personal con Dios, en la vida de caridad fraterna, en la comunión eclesial. Fundamental para la educación en la fe es, asimismo, la familia. Padre y madre reciben en el sacramento del matrimonio la gracia y la responsabilidad de la educación cristiana de los hijos. Finalmente, son significativas también las escuelas y las universidades católicas.

⁴² Carlos García de Andoin, *Laicos cristianos, Iglesia en el mundo*. HOAC, Madrid 2004, 344.

⁴³ Cfr. S. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 59.

⁴⁴ Cfr. *Ibidem*, 61.

5. Los procesos formativos en nuestra diócesis

Nuestro Padre Dios ha creado al ser humano buscando entablar un diálogo de amor con él. Él nos conoce y quiere darse a conocer, desea estar a nuestro lado, y quiere orientarnos en el camino de la vida para que no nos perdamos ni nos precipitemos al vacío. Ante el pecado y la indiferencia humana, finalmente nos ha enviado a su Hijo Jesucristo redentor, rostro misericordioso del Padre, Maestro que nos llama a la plenitud regalándonos el Espíritu Santo. Como acabamos de recordar, el camino formativo de la persona y de la Iglesia no se ha de interrumpir, ha de ser permanente, integral e integrador. Pero, ¿qué realización encuentra en nuestra diócesis? Lo dividimos en dos etapas: la iniciación cristiana y la formación permanente.

5.1. La iniciación cristiana

El primer apoyo debería encontrarlo en la **familia** cristiana, pero desgraciadamente no se da en la mayoría de los casos, de modo que el despertar religioso tiene que correr a cargo de la catequesis parroquial. En consecuencia, se hace necesario promover la implicación de la familia en la iniciación cristiana de sus hijos e iniciar distintas experiencias de catequesis familiar.

En cuanto a la **catequesis parroquial**, hemos de decir que no siempre acierta a la hora de llenar el hueco dejado por la familia; incluso a veces puede dar un excesivo peso a lo conceptual, diferenciándose poco de una clase al uso. Estimo que es urgente desarrollar el aspecto experiencial, dedicando más tiempo a la iniciación a la oración a través de la institución de oratorios y de otras experiencias.

También está siendo problemática **la interrupción del proceso** por parte de un buen número de niños y adolescentes después de recibir la primera comunión. Es urgente trabajar por mantenerlo, tomar la iniciativa y, o bien en la parroquia, o bien en la UPA, asegurar la experiencia catequética evitando el formato meramente académico.

Aún más agudizado se presenta el abandono, una vez celebrado, del sacramento de la confirmación. No creo que sea necesario probar

que, aunque con este sacramento se concluye la iniciación cristiana, la formación ha de seguir, so pena que queramos que sigan vistiendo el traje de primera comunión durante toda la vida. En este sentido, considero importante ofrecerles experiencias de encuentros supraparroquiales, sobre todo en el segundo tramo de la formación. De esta manera, favoreceremos el que se sientan apoyados por otros compañeros de su edad y experimenten pertenecer a una Iglesia más abierta y universal. Al mismo tiempo, iremos conectándolos progresivamente con la pastoral juvenil e introduciéndolos en sus proyectos.

5.2. La formación permanente.

En el ámbito de la formación permanente, debemos destacar la **Formación Permanente del Clero**, institución que procura la formación humana, intelectual, espiritual y pastoral de los sacerdotes y que está también abierta al laicado en alguna de sus modalidades. Una buena experiencia formativa nos la ofrecen también los movimientos laicales que, aunque escasos en nuestra diócesis, cuidan a sus integrantes y se preocupan de su crecimiento en la fe. Otras iniciativas más humildes las encontramos allí donde se ofrecen charlas esporádicas, sobre todo con motivo de una jornada eclesial. Así mismo, cuando se dan cursillos y charlas de actualización a los agentes de pastoral.

Finalmente, queremos reseñar la herramienta formativa que supone la **Escuela Diocesana de Evangelizadores en las UPA (EDEU)**. Además de ser una ayuda para redescubrir la vocación bautismal y la corresponsabilidad dentro de la Iglesia, busca desarrollar la espiritualidad laical y dotar a los seglares de las herramientas elementales para la acción pastoral y la presencia pública. Nuestro deseo es que, con la ayuda de esta institución, podamos garantizar una formación permanente, integral e integradora, sobre todo, a los laicos de parroquia que no son miembros de ningún movimiento o asociación.

CAPÍTULO IV - Presencia pública

1. La presencia pública en la Biblia (Mt 11, 1-6)

Dice el evangelista S. Mateo que Jesús, después de dar instrucciones a sus discípulos, se fue a enseñar y predicar en diversas ciudades. Entonces, Juan el Bautista, que había oído en la cárcel noticia de las obras del Mesías, envió a sus discípulos a preguntarle si era él el que había de venir o tenían que esperar a otro. La respuesta de Jesús no dejaba lugar a dudas: bastaba comprobar los signos visibles que se iban prodigando, para creer que el Mesías había llegado.

"Los ciegos ven". Un buen ejemplo nos lo ofreció Jesús cuando curó la vista al ciego de nacimiento (cf. Jn 9, 1 ss). Además de curar los ojos de la cara, Jesús curaba también los de la mente y los del alma. Efectivamente, al presentarse como la luz del mundo, Jesús vino a decirnos que el que lo acoge a él no anda más en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida. La Iglesia, en cuanto transmisora de la verdad de Jesucristo, refleja su luz en medio del mundo. Lo hace dando a conocer la verdad de un Dios que nos ha creado y redimido, de un Dios que nos mueve con su santo Espíritu; la verdad de la creación, obra de Dios; la verdad del ser humano, criatura a imagen y semejanza suya.

"Los cojos andan". Fueron muchos los que, limitados en su capacidad de movimiento y, por lo tanto, incapaces de valerse por sí mismos para llevar una vida digna, recibieron la atención de Jesucristo, recuperaron la salud física y social, y pasaron a ser verdaderos protagonistas de su historia. Son también muchos los que hoy, mediante la gracia y el perdón, se levantan de su postración y avanzan por el camino que es Jesucristo hacia la perfección del amor.

"Los que tienen lepra son sanados". Los leprosos, en tiempo de Jesús, tenían una triple condena: la enfermedad que los comía poco a poco, su carácter contagioso que los aislaba socialmente y su consideración pecadora que los excluía también de la vida comunitaria y del culto judío. Sensible ante la situación lamentable que vivían, el Señor no duda en acercarse a ellos, transgrediendo las normas que lo prohibían; es más, no duda en tocarlos para mostrarles una cercanía absolutamente única y, en fin, los cura, facilitando así su plena incorporación a la comunidad y a la vida religiosa.

La lepra es una enfermedad que está prácticamente erradicada, pero, hablando en sentido simbólico, hay muchas "lepras" que se manifiestan en el deterioro físico y mental, en la exclusión social y en el rechazo religioso. Me refiero sobre todo a las adicciones que roban tiempo, energías, recursos económicos a aquellos que las padecen, en definitiva, que les roban la libertad. También nuestra Iglesia particular está en este mundo de forma institucional a través de la Fundación CALS (Centro Astorgano y Leonés de Solidaridad). La mano larga de Dios sigue tocando y curando a los leprosos del siglo XXI.

"Los sordos oyen". Dicen que la enfermedad que aísla más a las personas no es la ceguera, sino la sordera. Jesús también se compadecía y curaba a los que sufrían esta limitación que, a día de hoy, sigue existiendo, aunque, indudablemente está mucho mejor resuelta gracias a los avances médicos y técnicos. Pero existe también una sordera espiritual que limita y hasta impide la escucha de la voz de Dios. Se trata de una sordera padecida por muchas personas, incluso por muchas que se autodenominan cristianas, pero que son impermeables al mensaje evangélico. La Iglesia, aun respetando su libertad, no deja de proclamar la Palabra a tiempo y a destiempo. Tampoco deja de pronunciar la palabra "effetá" mientras unge a los catecúmenos.

"Los muertos resucitan". La muerte forma parte de la condición humana: en este mundo, todo lo que nace, muere. Jesucristo,

consciente de las lágrimas que suscita en el ser humano la muerte de un ser querido, quiso mostrar su compasión y su poder resucitando a su amigo Lázaro, al hijo de la viuda de Naín, etc. Convencido, no obstante, de que la muerte física no es el final del camino, sino que, el que está unido a él tiene vida eterna, asegura que la única causa verdadera de miedo deben despertarla aquellos que pueden matar nuestra alma, es decir, aquellos que nos llevan a pecar con un pecado que llamamos mortal porque produce la muerte espiritual.

"A los pobres se les anuncia la buena nueva". Estamos ante el último signo que Jesús presenta a los discípulos de Juan para que perciban que algo nuevo brota con su persona y presencia: *"a los pobres se les anuncia la buena nueva"*. Efectivamente, los pobres eran los preferidos de Jesucristo: con ellos se identificaba hasta el punto de hacer depender la salvación de la actitud que tomemos ante ellos. Hoy son muchas las pobrezas que atenazan a la humanidad: material, sanitaria, cultural, social, religiosa... Y Dios sigue ocupándose de todos los que las padecen a través de personas, muchas incluso no creyentes, pero que han descubierto el valor de cada ser humano, incluso en su máxima fragilidad. Los cristianos lo hacemos de forma personal e institucional. Recordemos, en este sentido, instituciones señeras como Cáritas, Manos Unidas, Fundación CALS – Proyecto Hombre, etc.

El texto bíblico que acabamos de meditar demuestra que Jesucristo quiere que la fe no se quede en una experiencia intimista, sino que se muestre en las obras, salga afuera y transforme la realidad de este mundo de modo que el Reino de Dios se abra paso entre nosotros. Esta es la labor a la que están llamados todos los bautizados y, especialmente, los cristianos laicos.

2. Notas explicativas

Todos los bautizados hemos sido llamados por el Señor a ser agentes evangelizadores. Esta tarea incluye estructurar el mundo según el paradigma del Reino de Dios. Con frecuencia, entre los analistas,

se oye el lamento por la escasa presencia y acción de los bautizados en el ámbito caritativo y social. Esta ausencia es especialmente notoria en el campo de la política, la economía, la cultura y la acción sindical.

El mundo en que nos movemos, como hemos visto en el análisis inicial, presenta notables deficiencias relacionadas con la desvinculación, la desconfianza, la pobreza... Ante esta situación, se presentan ante nosotros dos posturas: la de querer imponer a través de las leyes civiles las normas morales que dimanen de la fe católica, o la de *"eliminar cualquier intervención de la Iglesia o de los católicos, inspirada por la fe en los diversos campos de la vida pública"*⁴⁵. En definitiva, hemos de evitar dos tentaciones: el confesionalismo y el laicismo.

Descartadas estas dos opciones, hemos de enfrentarnos a dos males radicales: el secularismo y el desprecio de la dignidad humana. Fascinado por los avances científico-técnicos y queriendo ser como Dios, pero sin la ayuda de Dios, el ser humano *"arranca las raíces religiosas que están en su corazón..."*⁴⁶. Este secularismo no sólo tiene como consecuencia la desvinculación del hombre con la divinidad, sino que acarrea también la desvinculación y la pérdida de aprecio por el ser humano cuya dignidad se sostiene en su condición de hijo del Creador. Ignorado su ser filial, queda expuesto a las formas más aberrantes y humillantes de instrumentalización, y pasa a ser esclavo del más fuerte política, económica, o mediáticamente.

La común dignidad bautismal se caracteriza en el laico por su índole secular⁴⁷. Efectivamente, el laico es llamado y vive en medio del mundo. Los laicos *"son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad"*⁴⁸.

⁴⁵ Comisión Permanente de la CEE, *Los católicos en la vida pública*, 41.

⁴⁶ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 4.

⁴⁷ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 32.

⁴⁸ *Ibidem*, 31.

La dignidad del laico se manifiesta también en su llamada a la santidad⁴⁹. Ciertamente, *"los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que, como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad"*⁵⁰. Esta llamada hunde sus raíces en el Bautismo y en los demás sacramentos. Por otra parte, el laico se santifica en la vida profesional y social ordinaria, sin que esto signifique que no se santifique también en su servicio a la Iglesia.

Hablábamos más arriba de la falta de respeto a la dignidad humana en el momento actual. Redescubrirla es, pues, una tarea esencial ahora mismo. Como afirmaba el Papa Benedicto XVI: *"lo que pretende la Iglesia en sus intervenciones en el ámbito público es la defensa y promoción de la dignidad de la persona, por eso presta conscientemente una relación particular a principios que no son negociables... protección de la vida... de la familia... del derecho de los padres a educar a sus hijos... Estos principios... están inscritos en la misma naturaleza humana y son comunes a toda la humanidad... su negación es una grave herida causada a la justicia misma"*⁵¹.

Como punta de lanza de una cultura emergente, están surgiendo una serie de pseudoantropologías que confunden al ser humano con un animal, con una máquina inteligente, con un producto cultural más... Frente a estas ideologías que atentan directamente contra la dignidad de la persona, hay que recordar con el Concilio Vaticano II que, *"entre todas las criaturas de la tierra, sólo el hombre es "persona", sujeto consciente y libre y, precisamente por eso, "centro y vértice" de todo lo que existe sobre la tierra"*⁵². Este valor llega a su cumbre si se considera que es **creado por Dios a su imagen y semejanza**, que ha sido redimido por la sangre de Cristo, y que está llamado a ser hijo y

⁴⁹ Cfr. Ibidem, 40.

⁵⁰ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 17.

⁵¹ Benedicto XVI, Discurso (30.III.2006).

⁵² Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 12.

a vivir la vida eterna. Por ello, el ser humano es más valioso que cualquier otro valor material; su valor se mide por lo que es, no por lo que tiene.

Admitido este valor superior, debe ser rechazado todo aquello que atenta contra su dignidad, especialmente todo lo que tiene que ver con la violencia física o psicológica: las guerras, los atentados, el aborto, la eutanasia, las torturas, el hambre, la injusticia...

El ser humano es un **ser social**⁵³. Las instituciones son imprescindibles para vivir juntos, colaborar y conseguir fines compartidos. Pero, *"la indiferencia ante la verdad, la complicidad en la mentira, el olvido de la ejemplaridad y la instalación de una cultura de la desconfianza atomizante han contribuido a la desestabilización de las instituciones"*⁵⁴.

La experiencia demuestra que estas instituciones no se sostienen de forma espontánea. Se hace necesario cuidar los vínculos interpersonales; sin este cuidado, la institución termina por convertirse en una organización. Por otra parte, hay que evitar que sean instrumentalizadas para fines ajenos a su propia naturaleza. Esto supondría un nuevo empujón hacia su muerte.

Como dice S. Juan Pablo II, *"la expresión primera y originaria de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia"*⁵⁵. La familia es esencial para el desarrollo de la sociedad y de la misma Iglesia: *"Es la célula fundamental de la sociedad, cuna de la vida y del amor en la que el hombre "nace", y "crece". La familia es "lugar primario de "humanización" de la persona y de la sociedad"*⁵⁶. Por lo tanto, ha de ser el primer campo para el compromiso social de los fieles cristianos, la primera institución que debemos promover y cuidar.

⁵³ Cfr. *Ibidem*, 24.

⁵⁴ Agustín Domingo Moratalla, *Congreso de Laicos "Pueblo de Dios en salida"*. Madrid 2020. Ponencia IV.

⁵⁵ S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 40.

⁵⁶ *Ibidem*, 40.

Otro ámbito de presencia laical ha de ser el de **la política**. Como dice S. Juan Pablo II, *"para animar cristianamente el orden temporal... los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política"*⁵⁷. Esta participación constituye un derecho, pero también un deber. "La Iglesia -afirma el Concilio Vaticano II- alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan el peso de las correspondientes responsabilidades"⁵⁸. Su razón última está en el logro del bien común, evitando cualquier forma de corrupción y moviéndose por el espíritu de servicio. Para que esto sea posible, el laico cristiano debe participar en la vida de la Iglesia y dejarse iluminar en el ejercicio de su tarea por la Doctrina Social de la Iglesia.

También ha de ser significativa la presencia laical en el mundo de **la economía**. En este campo, se debe respetar y promover, asimismo, la dignidad de la persona, pues ella es el centro y el fin de toda la actividad económica, y el bien de toda la sociedad. Es verdad que hay que reconocer el derecho a la propiedad privada, pero sin olvidar otro principio básico de la Doctrina Social de la Iglesia que es el destino universal de los bienes. La propiedad privada tiene una intrínseca función social, está al servicio de ese destino universal. Especial empeño han de poner nuestros laicos en resolver las gravísimas situaciones provocadas por el paro y la injusticia, en desarrollar nuevas formas de solidaridad, en suscitar nuevas iniciativas empresariales, en revisar los sistemas de comercio, de financiación e intercambios tecnológicos, en promover un desarrollo compatible con la conservación del medio ambiente.

Finalmente, hemos de considerar el servicio a la persona y a la sociedad a través de la creación cultural y la transmisión de **la cultura**. Este es un campo a cuidar teniendo en cuenta la aparición y desarrollo de culturas emergentes contrarias a los valores humanos y a la fe cristiana. Por este motivo la Iglesia pide a los laicos que estén

⁵⁷ Ibidem, 42

⁵⁸ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 75.

presentes y activos en los puestos privilegiados de la cultura y la investigación científica y técnica. Es también labor de la Iglesia discernir los valores que se encuentran detrás de las manifestaciones culturales, denunciar proféticamente aquellos que no encajan con los valores evangélicos y tratar de que estos últimos impregnen toda manifestación cultural. Y, en fin, por ser los medios de comunicación social el camino privilegiado para la creación y la transmisión de la cultura, hay que educar en su uso crítico, la pasión por la verdad, la defensa de la libertad, y el respeto a la dignidad humana...⁵⁹.

3. La presencia pública en nuestra diócesis

Refiriéndonos a la **familia**, hemos de decir que también en nuestro caso ha sufrido una profunda transformación que comenzó con el paso del modo de vida rural al urbano a finales de los años 50. Se puede asegurar que la crisis familiar y la secularización se apoyan mutuamente: si la secularización influye en el deterioro de la familia, el deterioro de la familia también repercute en el declive religioso, pues se quiebra un eslabón importante en la transmisión de la fe⁶⁰.

A esto hay que añadir otra serie de elementos que están debilitando el papel de la familia y su capacidad para transmitir la fe: la sustitución de la labor familiar por parte del Estado, el trabajo de marido y mujer, las nuevas formas de convivencia, el descenso del número de hijos, la pérdida del domingo como día del descanso... Por otra parte, se ha producido la desinstitucionalización del matrimonio, quedando a merced de los intereses económicos y políticos: se facilita cada vez más el divorcio, se reconocen las parejas de hecho, se convive sin vínculos, se aprueba la unión entre personas del mismo sexo... En este proyecto coinciden el nuevo capitalismo neoliberal global, el giro individualista del Estado del Bienestar y el progresismo cultural⁶¹.

⁵⁹ Cfr. S. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, 44.

⁶⁰ CVII Asamblea Plenaria de la CE, *Fieles al envío misionero*, 21.

⁶¹ *Ibidem*, 22-23.

Adentrándonos en el terreno de la **política**, también podemos comprobar la escasa presencia de laicos cristianos en este mundo. Es verdad que, en el ámbito local y municipal, en un territorio como el nuestro de pequeñas poblaciones y predominantemente rurales, el peso de la ideología política es menor. En este ámbito, no es difícil que se dé la participación en ceremonias religiosas de políticos de distinto signo; también la colaboración en determinados asuntos con el único propósito de buscar el bien común. Por otra parte, la polarización política que se respira en los ámbitos nacionales y autonómicos no es tan acentuada en nuestros territorios.

En cuanto al acompañamiento de las personas que están sirviendo en este terreno, hemos de confesar que no es lo suficientemente cercano como debiera. En muchos casos, los evangelizadores están imbuidos de ciertos prejuicios contra los políticos y dan por hecho que sus intereses no tienen nada que ver con los nuestros. Necesitamos crear ámbitos de encuentro, diálogo y apoyo hacia aquellos que desean servir al bien común sin tener que dejar al margen su condición de creyentes.

La situación en el **terreno laboral y económico** en nuestra tierra es difícil. Sectores laborales y económicos de cierto relieve se han ido cerrando y son pocas las opciones que se presentan, destacando la industria de la pizarra, la producción agrícola, y particularmente la viticultura, la elaboración de montajes de vidrio... Sería de desear una mayor implicación del mundo del negocio y una mayor creatividad a la hora de buscar alternativas a la situación que vivimos.

Respecto al mundo cultural, tanto la producción como la presencia de la cultura cristiana son mejorables también. Evidentemente, el consumo de cultura religiosa es escaso, lo que frena también la creación cultural. Pero quiero destacar aquí un fenómeno muy interesante que he comprobado en mi Visita pastoral a la zona de A Rúa, en la provincia de Ourense. En algunos pueblos, un artista local ha creado un cruceiro, ha colocado una hornacina con una

imagen del Sagrado Corazón de Jesús, ha tallado un Vía crucis al aire libre... Se trata de una iniciativa muy relevante que merecería ser replicada.

El cristiano laico ha de dar testimonio público de su fe. No será así mientras no descubra su vocación a la misión de transformar los ambientes y las realidades en las que se mueve según los criterios evangélicos. Por otra parte, se necesita también la educación de la conciencia cristiana y la formación en la Doctrina Social de la Iglesia a fin de conocer las líneas de actuación que le permitirán actuar en todo momento en consonancia con el Evangelio y la tradición eclesial. Y, en fin, se hace necesario ejercitarse en un compromiso que suele resultar difícil y que necesita en todo momento de un acompañamiento técnico y espiritual.

Finalmente, me refiero a nuestras relaciones con otras confesiones cristianas y con otras religiones. De entrada, hay que afirmar que son mejorables. Podríamos decir que caminamos en paralelo, aunque con tímidas aproximaciones, particularmente en la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos y en un encuentro con motivo de la Navidad. Hemos de intensificar el encuentro y conocimiento mutuo, la colaboración en causas comunes y la oración común.

CONCLUSIÓN

Con mi carta -queridos diocesanos- he pretendido fundamentar y dar sentido al Plan pastoral diocesano 2023-2028: "Se volvieron a Jerusalén" *Hacer grande la comunidad (Lc 24, 33)*. También animar su conocimiento y divulgación. Sólo así podremos caminar en comunión hacia la misma meta. Sólo así daremos un testimonio convincente de Iglesia sinodal y misionera.

Al final, mi escrito ha resultado más extenso de lo previsto, por lo que os recomiendo no leerlo de un tirón. Los programas pastorales anuales van a poner el foco sucesivamente en los cuatro itinerarios, por lo que, cada año se podrá ahondar especialmente en uno de los cuatro capítulos.

Concluyo poniendo en manos del Señor nuestro camino sinodal y misionero con sus aciertos y fatigas, con sus alegrías y tristezas. Lo recorreremos, eso sí, con la confianza y seguridad que nos da el saber que Él va a nuestro lado y llena de luz nuestro horizonte eclesial y personal. Al mismo tiempo, pongo por intercesores a nuestra Madre, la Virgen María, a Sto. Toribio y a todos los santos y beatos de nuestra querida diócesis de Astorga. Que así sea.

+ Jesús, Obispo de Astorga

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
INTRODUCCIÓN	5
1. Contexto cultural y social	5
2. Contexto religioso y eclesial	9
3. Un nuevo impulso evangelizador	11
4. El Plan pastoral diocesano 2017-2021	12
5. Un nuevo Plan pastoral diocesano 2023-2028	15
CAPÍTULO I - El primer anuncio	19
1. El primer anuncio en la Sagrada Escritura	19
2. Notas explicativas	23
3. El primer anuncio en nuestra diócesis	25
CAPÍTULO II - El acompañamiento	27
1. Jesús acompaña a los discípulos de Emaús	27
2. Naturaleza del acompañamiento	30
3. El sujeto comunitario y personal del acompañamiento	30
4. El acompañamiento en nuestra diócesis	32
CAPÍTULO III - Procesos formativos	34
1. Sin un proceso formativo, resulta difícil la fidelidad	34
2. Naturaleza y objetivos de la formación cristiana	37
3. Características de la formación	39
4. Sujeto - guía de la formación	42
5. Los procesos formativos en nuestra diócesis	43
CAPÍTULO IV - Presencia pública	45
1. La presencia pública en la Biblia	45
2. Notas explicativas	47
3. La presencia pública en nuestra diócesis	52
CONCLUSIÓN	55

